

LOS ESCOLIOS EN NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA COMO PROPUESTA PEDAGÓGICO-
DIDÁCTICA EN LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

ANDRÉS FABIÁN DÍAZ SANABRIA

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
FACULTAD DE EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN RELIGIOSA
TUNJA, 2017

LOS ESCOLIOS EN NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA COMO PROPUESTA PEDAGÓGICO-
DIDÁCTICA EN LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

ANDRÉS FABIÁN DÍAZ SANABRIA

Asesor:

Pbro. EDGAR SILVERIO PALACIOS PALACIOS

Trabajo de grado para optar al título de licenciado en
Filosofía y Educación Religiosa

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

FACULTAD DE EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN RELIGIOSA

TUNJA, 2017

Tabla de Contenido

1. INTRODUCCIÓN	5
2. DESCRIPCIÓN, DELIMITACIÓN, FORMULACIÓN DEL PROBLEMA	7
2.2 Objetivos	9
2.2.1 Objetivo general	9
2.2.2 Objetivos específicos	9
2.3 Justificación	9
3. SEMBLANZA DE UN PENSADOR SOLITARIO	12
4. UNA OBRA EN EL SILENCIO	16
4.1. Contexto histórico: definición e historia del escolio	16
4.2. Relevancia de la obra “Escolios a un texto Implícito”	17
4.3. Estructura de la obra Gómez-daviliana	19
4.4. El enigmático ‘texto implícito’	25
5. EL PENSAMIENTO GÓMEZ-DAVILIANO: UNA BÚSQUEDA AL MARGEN DEL MODERNISMO	27
5.1. Filosofía e intuición	28
5.2. Antropología religiosa	30
5.3. Pensamiento político	32
5.4. La ciencia y la técnica	34
5.5. Frontalmente al margen del modernismo	36
6. LA REACCIÓN COMO BANDERA	37
6.1. Boceto del reaccionario	37
6.2. El pensamiento reaccionario en Colombia	39
6.3. Nicolás Gómez Dávila y el pensamiento reaccionario	41

7. EL MÉTODO ESCOLIASTA COMO PROPUESTA PEDAGÓGICA EN LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA EN COLOMBIA	42
8. CONCLUSIONES	47
REFERENCIAS	50

1. Introducción

“Mejor no ser nunca nadie, mejor no ser nunca nada que matar en nosotros el deseo, que extinguir nuestra sed.” (Gómez Dávila, N., 2003, p. 58)

La presente investigación titulada *Los escolios en Nicolás Gómez Dávila como propuesta pedagógico-didáctica en la enseñanza de la filosofía*, se encuentra sostenida en la obra del pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila, de manera más sucinta, en sus *Escolios* como ejercicios de contemplación que nacen del diálogo de nuestro autor con los textos implícitos de sus ignotas lecturas. Ciertamente, la obra de Gómez Dávila tiene un carácter universal, no solo por su notable acogida en algunos países de Europa, sino por su extensa y profunda mirada, fruto de la contemplación y de la introspección como ejercicio original en el acto de pensar.

Por esta razón el trabajo que expongo a continuación tiene como objetivo proponer el *Escolio* como una práctica que le permitirá al estudiante desarrollar una habilidad en el ejercicio mismo de la lecto-escritura tan propio en la enseñanza de la filosofía. El escoliasta es aquel que toma notas al margen del texto, notas que pueden ser vistas como pistas de relectura, de interpretación, pero sobretudo de comprensión. Es por esta razón que el interés de este trabajo es simple más no simplista, y es el de pensar desde Gómez Dávila el ejercicio de escoliasta dirigido a los estudiantes de filosofía. Para lograr este objetivo que se encontrará hacia el final del trabajo, propongo al lector un camino de contextualización que le permitirá tener un panorama un poco más amplio de la obra de Nicolás Gómez Dávila. Este camino a recorrer tiene como punto de partida una breve semblanza sobre nuestro autor, la cual nos lleva a comprender en cierta medida, cómo la naturaleza de su obra tiene su origen en el particular estilo de vida que llevó a Gómez

Dávila a engendrarla en cierta forma de manera desprevenida, natural y sin mayores pretensiones que las de consignar sus pensamientos en frases cortas pero de hondo calado.

La segunda parte de este trabajo intentará contextualizar la obra de Gómez Dávila en cuatro momentos. El primero dedicado a una exposición del escolio desde su origen. El segundo se encontrará dirigido a presentar las distintas impresiones causadas en algunos pensadores contemporáneos respecto de los escolios Gómez-davilianos. El tercero se encargará de una estructura general de la obra de nuestro autor. Y el cuarto momento nos llevará a vislumbrar el enigmático “Texto implícito”.

La tercera parte de este trabajo estará dedicada a reunir algunos “lugares comunes” de la obra de nuestro autor. Se denominan así porque son los núcleos temáticos de una obra que si bien es aparentemente inconexa y asistemática, no deja de poseer en sí misma una suerte de unidad que se irá desarrollando a lo largo y ancho de su lectura.

Es relevante situar la obra de Gómez Dávila como una fuerte crítica al modernismo. No como una oposición frontal al desarrollo humano, sino al modernismo como una bandera que enarbolan las sociedades industrializadas que sacrifican lo humano por lo productivo. Es por esta razón que la cuarta parte de este trabajo se encuentra dedicada al *Pensamiento Reaccionario*, minusvalorado en filosofía, y que, sin embargo, resulta siempre liberador, porque ser reaccionario es ver con asombro el mundo, sin pretensiones subrepticias ni academicistas, es desmitificar los dioses modernos sin tibiezas de ninguna clase; es ser como nos dice Cioran: “profetas del pasado”, y no es fácil, ya que ser considerado un *marginal* es una de las tantas consecuencias del pensar.

En la última parte de esta investigación se hará una sencilla propuesta pedagógica como complemento a los demás métodos utilizados en la enseñanza de la filosofía. El propósito de este

ejercicio es realizar una construcción sencilla que parta de la lectura introspectiva por parte del estudiante, para lanzarse hacia el ejercicio mismo del pensar y ulteriormente el de escribir. En ningún momento podemos hablar de Gómez Dávila como un filósofo de la pedagogía o de un pedagogo que propone métodos de enseñanza. Se trata simplemente de comprender que el pensamiento como ejercicio ciertamente vital implica un ascenso progresivo, fruto de una estructura, evidentemente impensada por Gómez Dávila, pero no desde el autor en cuestión. Esta reflexión podrá comprenderse más como una idea que nace a partir de una posible lectura sobre las orientaciones del ministerio de educación para la enseñanza de la filosofía en la educación media, pero sobre todo a la luz del ejercicio introspectivo y posteriormente aforístico de la lectura Gómez-daviliana.

Hasta aquí podemos hablar de la estructura de esta investigación que tiene por objeto Sin embargo, no se trata de una pretensión meramente egoísta en cuanto al conocimiento del autor, pues como aspirante a licenciado en Filosofía y Educación Religiosa, es de gran relevancia poder dar a conocer a este pensador que lleva su reflexión filosófica y vital a un plano trascendente, teniendo en cuenta sin duda el objeto de estudio planteado por la Universidad para esta licenciatura que busca integrar la enseñanza de la filosofía a la educación religiosa escolar. Por tanto creo pertinente el estudio de la obra de Gómez Dávila como punto de convergencia entre la pedagogía, la filosofía y la educación religiosa.

Esto último pudiera ser una justificación para adentrarnos al estudio del autor, a sabiendas claro está, que se trata tan solo de un intento muy general de integrar y clasificar algunos conceptos que con el tiempo se pueden delimitar con mayor profundidad.

2. Descripción, delimitación, formulación del problema

Nicolás Gómez Dávila, no se encuentra solo en el mundo, y sin embargo es un solitario. “El solitario de Dios”, como bien lo llama Franco Volpi en la presentación de su obra (Volpi, 2005, p. 103). A su lado se encuentran los grandes cauterios de la filosofía: Sócrates, Pascal, Nietzsche, de Maistre, Cioran, entre otros. Todos ellos pertenecientes a una generación de marginales pensadores que oscilan entre la lógica del pensamiento y la locura de la poética. Sin embargo, en muchas ocasiones no son tomados con seriedad por la asistematicidad de sus obras. Ese es el caso de Nicolás Gómez Dávila, quien siendo colombiano aún vive como muchos otros pensadores: en el anonimato de la ignorancia.

Por esta razón, considero que la obra de Gómez Dávila merece ser tenida en cuenta dentro de los programas de enseñanza de filosofía en Colombia. La razón radica en que siendo un pensador tan reconocido por su carácter universal en otros países especialmente europeos, nosotros como herederos de su legado, aún nos mantenemos al margen de su pensamiento que con su estilo y la profundidad de sus escritos, nos debe convocar a un estudio más serio que redescubra y justiprecie el valor de su obra.

Para este propósito, junto a la obra de Gómez Dávila se hace pertinente resaltar el pensamiento reaccionario, como una opción en un mundo plagado de teorías academicistas, que se arrodillan ante la racionalidad tecnócrata de la ciencia. Asimismo, otorgarle el lugar que le corresponde a Nicolás Gómez Dávila, como uno de los pensadores más importantes de nuestro país y de nuestro tiempo, indagando en su obra para poder extractar en el oficio de un escoliasta un método para la enseñanza de la filosofía en la educación media.

Por ello el problema que quiero plantear es el siguiente:

¿Es pertinente considerar la obra vivida de Nicolás Gómez Dávila como necesaria en los programas de filosofía de educación básica y media, concibiendo los escolios como un ejercicio de contemplación que nos conduce a la formulación de un método para la enseñanza de la filosofía?

2.2 Objetivos

2.2.1 Objetivo general

Proponer el escolio Gómez-daviliano como un ejercicio metódico en la enseñanza de la filosofía.

2.2.2 Objetivos específicos

- Desglosar el texto implícito en los escolios de Nicolás Gómez Dávila, y de esta manera formar una “estructura” de los diversos núcleos temáticos que en él se encuentran.
- Identificar los filosofemas en dichos núcleos temáticos, y desde allí, desarrollarlos para confrontarlos con la realidad actual.
- Presentar algunos antecedentes del pensamiento reaccionario en Colombia con el fin de contextualizar el pensamiento Gómez-daviliano.
- Proponer el “método” escoliasta como una forma de contemplación y de reflexión filosófica propia de la enseñanza de la filosofía.

2.3 Justificación

Dentro de los lineamientos de los procesos de investigación de la Licenciatura en Filosofía y Educación Religiosa (2015) nos encontramos con que:

El objeto de estudio de ésta licenciatura gira entorno a la enseñabilidad de la filosofía y de la educación religiosa escolar, que permite la articulación e interacción entre

la pedagogía, la filosofía y la educación religiosa en pro de la dignidad de la persona y la calidad de vida de la sociedad en donde el estudiante-docente se forma en competencias investigativas con miras a convertir su contexto en un ambiente de reflexión y de transformación desde el ámbito de la pedagogía de la filosofía y de la ERE.

Esto nos permite inferir que ante todo lo que buscamos en la formación de docentes competentes en la enseñanza de la filosofía y la educación religiosa es articular un discurso en el cual no haya una exclusión mutua entre estas dos disciplinas, puesto que, la finalidad de la pedagogía es ante todo cultivar a las personas desde la reflexión que nace de la contemplación de los fenómenos sociales y de los cuales participan los estudiantes.

Por esta razón, vale la pena volver sobre el concepto de *enseñabilidad* como una potencialidad que se desarrolla en el aula de clases como el lugar propio de la enseñanza, para que, fuera del aula, el discente pueda desarrollar desde su cotidianidad el ejercicio del pensar una nueva sociedad posible, como fruto de lo aprehendido y posteriormente comprendido.

En cuanto a las orientaciones pedagógicas para la enseñanza de la filosofía en Colombia (2010) nos encontramos con el concepto de educación que se encuentra en la misma línea como un proceso encaminado a la formación humana (*Paideia*) que permite el cultivo de las conciencias individuales, especialmente en los más jóvenes, para que a través del ejercicio del pensar antes mencionado le permitan al individuo desarrollar sus potencialidades que lo conduzcan al objeto de la pedagogía como lo es la excelencia que no es otra cosa que la formación de un ciudadano que responda de acuerdo con los parámetros de la comunidad política.

Es por esta razón que creo pertinente el estudio de la obra de Nicolás Gómez Dávila, quien llevó a cabo este propósito en su vida por cuanto su formación influyó profundamente en su obra. En Gómez Dávila podemos encontrar coherencia entre la obra escrita y la vivida, puesto que su

formación humanística le permitió el estudio de la filosofía no desde la investigación académica propiamente, pues era considerado un marginal, aunque paradójicamente cada vez crece más el interés de la academia por su obra. Por el contrario para nuestro autor el ejercicio de la filosofía obedecía en el fondo a una búsqueda espiritual que le llevó a una comprensión del Misterio como fruto de la contemplación como el morar en las ideas un instante.

De esta manera puedo presentar la obra de Gómez Dávila como un ejercicio constante que integra la lectura de los textos con la escritura de los escolios, lectura y escritura que permiten en cortas sentencias el ejercicio contemplativo que quiero proponer como método en la enseñanza de la filosofía.

3. Semblanza de un pensador solitario

El martes 17 de mayo de 1994, la llama de una vida austera se extinguió para siempre. Una vida que se eleva desde un cuerpo que arde y despide una luz silenciosa e incendiaria, ‘ignífera’. Una vida sencilla y sin contrastes aparentes. Ese martes en Colombia desapareció el océano ignoto que habitaba en el interior de una biblioteca, y nadie lo notó. Era Nicolás Gómez Dávila.

Para muchos Gómez Dávila es “el pensador más importante que ha producido el país a lo largo de su historia” (Volpi, 2005, p. 9) y, sin embargo, nadie lo conoce, más aún, su vida parece ser totalmente ajena a la historia de este país. Es un hombre condenado a decir sus propias opiniones en un lenguaje y para una cultura que le son tan ajenas como las de la tierra al selenita (Castañón, 2000, p. 159), por esta razón es que podemos hablar de Nicolás Gómez Dávila como un pensador sin precedentes, perteneciente a esa clase de escritores que parecen “provenir de la nada [...], excéntricos, incómodos, irregulares, inclasificables e inconfundibles”. (Volpi, 2005, p. 17)

La historia de Gómez Dávila fue simplemente la de alguien que dedicó toda su vida a la lectura (Pensador Incansable, 1994, p. 76), y al pensamiento. Razón suficiente para hacer notar la falta de acontecimientos y anécdotas impresionantes acerca de sí mismo. Empero, trataré de resaltar los hechos más relevantes de su vida, como primicias de lo que más tarde sería su pensamiento, pues su formación dejó una profunda huella en su Obra.

Nicolás Gómez Dávila nació en el seno de una acaudalada familia bogotana el 18 de mayo de 1913 en Cajicá (Cundinamarca); era descendiente directo de Antonio Nariño (Pensador Incansable, 1994, p. 76), sus padres se dedicaron al comercio de telas y a la explotación de una magnífica hacienda sabanera¹, siguiendo la costumbre de la aristocracia colombiana de aquel

¹ Hacienda Canoas, ubicada en el municipio de Soacha (Cundinamarca).

entonces (Galindo, 2000, p. 13). Apenas cumplidos los seis años de edad. Su familia se trasladó a París, donde asistió a un colegio benedictino y recibió una rica educación humanístico-cristiana (Volpi, 2005, p.19). En el verano solía viajar junto con su familia a Inglaterra, como complemento de una sólida formación escolar (Galindo, 2000, p. 13).

Hacia el final de su adolescencia, cae gravemente enfermo a causa de una neumonía que lo mantuvo en cama casi dos años y lo obligó a terminar sus estudios con preceptores privados (Volpi, 2005, p. 19). Durante este tiempo se dedicó a leer, y bajo la dirección de sus tutores fue perfeccionando su dilatado conocimiento de las lenguas clásicas. Con mucha disciplina, consiguió un impecable dominio del griego y el latín, y asimismo una envidiable familiaridad con los clásicos del pensamiento y de la literatura mundial (Volpi, 2005, p. 19), pues para N. Gómez Dávila: “El que no aprendió latín y griego vive convencido, aunque lo niegue, de ser solo semiculto” (Gómez, 2005, p. 93), o mejor aún: “Las lenguas clásicas tienen valor educativo porque están a salvo de la vulgaridad con que la vida moderna corrompe las lenguas en uso”. (Gómez, 2005, p. 177). A los veintitrés años regresó a Colombia, y contrajo matrimonio con María Emilia Nieto, de cuya unión brotaron tres hijos: Rosa Emilia, Nicolás y Juan Manuel (Volpi, 2005, p. 19).

De joven era considerado algo excéntrico, pues era curioso que en Bogotá hubiera un aristócrata que no tuviera interés diferente que encerrarse diez horas diarias a leer en griego y en latín, mientras sus contemporáneos se dedicaban a los negocios. (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 84).

Construyó una mansión al norte de Bogotá², en la cual recogió en el curso de los años una majestuosa biblioteca con más de treinta mil volúmenes (Volpi, 2005, p. 20), un tesoro inestimable del que emanaba el aura del viejo continente: infolios, rarezas, volúmenes antiguos impresos en

² Una magnífica casa al mejor estilo Tudor, entonces en boga en Bogotá, ubicada en la carrera 11, esquina de la calle 77.

París, Venecia, Florencia, Amsterdam, la literatura universal desde Homero hasta Goethe; la filosofía occidental desde los presocráticos hasta Heidegger, pasando por la patrología griega y latina, todo, rigurosamente en el idioma original. (Volpi, 2005, p. 59) Allí pasaría la mayor parte de su vida, leyendo hasta la madrugada y espantando a incautos ladrones que, por supuesto, ignoraban sus hábitos de lector empedernido (Galindo, 2000, p. 14), ya que Gómez Dávila consideraba que: “Lo que despierta el espíritu de este sueño dogmático del vivir común, lo que arroja al mar ignoto de los pensamientos propios, de los sentimientos originales, es la lectura”. (Gómez, 2003, p. 59)

Gómez Dávila fue un magnífico conversador, como lo atestiguan aquellos que pertenecieron al círculo de sus amistades (Galindo, 2000, p. 15), entre las cuales se encontraban: Douglas Botero Boshell, Francisco Pizano de Brigard, Alberto Forero Benavides, Mario Laserna, Álvaro Mutis, Jorge Rojas, Alberto Zalamea, el pensador Hernando Téllez³, y el ex presidente Alberto Lleras Camargo (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 84), la mayoría de ellos ya fallecidos. Con ellos departía sobre sus inquietudes y sus lecturas, quienes acompañados tan sólo de una taza de tinto, empezaban hablando de los problemas del país y terminaban metidos con la filosofía de Kant o la historia de Burckhardt. Después de su retorno a Colombia, Gómez Dávila sólo saldría una vez más del país. Fue en 1959 cuando, en compañía de su esposa, recorrió los países de Europa occidental durante seis meses en un automóvil que había comprado al llegar. Cuando regresó a Bogotá, fue para no salir nunca más. (Galindo, 2000, p. 14).

³ **Téllez, Hernando.** (1908-1966). Escritor y periodista colombiano, nacido en Santa Fe de Bogotá. Ya desde muy joven mostró sus dotes de periodista y de lector voraz, como colaborador de la Revista Universidad, y como asistente de Enrique Santos en El Tiempo. También fue subdirector de El Liberal y director de la revista Semana. Durante el periodo comprendido entre los años 1943 y 1944 fue cónsul de Colombia en Marsella y senador de la República, pero se destacó sobre todo por ser uno de los escritores más completos de su época (fue traductor, comentarista, cuentista, ensayista y crítico literario).

La vida de Gómez Dávila es -en cierto sentido- la más opuesta a la del héroe moderno: ni rebelde ni marcado por un destino lleno de trágicos acontecimientos (Galindo, 2000, p. 14); su único interés se hallaba en los libros y en la escritura. No le interesó nada más. Ni siquiera la política. Son conocidas, por ejemplo, las ofertas que le hicieron Alberto Lleras de nombrarlo canciller, y el directorio del partido conservador de lanzarlo como candidato a la presidencia, que el rechazó de plano. (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 76)

Nicolás Gómez Dávila moldeó su vida de acuerdo a su pensamiento, simplemente se doblegó ante su vocación de lector, y todo en ella se ajustó para permitirle cumplir a cabalidad lo que creyó fue su misión (Galindo, 2000, p. 16). Con su muerte, el país perdió al filósofo más brillante en las épocas recientes, no sólo por el contenido de su pensamiento, sino por su permanente vocación de controvertir. Al fin y al cabo lo único que él hizo durante su vida fue cumplir al pie de la letra la función del auténtico intelectual, que, según José Ortega y Gasset, no es más que "pensar en contrario". (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 77). En otras palabras, Gómez Dávila siempre fue fiel a sí mismo, un lujo que pocos pueden lograr, un testimonio de lucidez, de equilibrio entre la obra pensada y la vivida.

Su Vida fue el reflejo cristalino de su obra y de su pensamiento, enmarcada en la sencillez profundísima de sus Escolios, y en la contemplación del misterio que le fue revelado. En este sentido, Nicolás Gómez Dávila ha sido el único pensador auténtico que cumplió a cabalidad con su palabra: *“Vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes, amando a unos pocos seres.”* (Gómez, 2005, p. 206)

4. Una obra en el silencio

4.1. Contexto histórico: definición e historia del escolio

La palabra “escolio” viene del griego ‘*Schólion*’, que significa comentario u observación docta. Sin embargo, encontramos de una forma más precisa: “Exposición aclaratoria, interpretación o declaración breve de una sentencia obscura o difícil de entenderse; advertencia, nota o comentario que se pone a un texto para explicarlo” (AA.VV, 1930, p. 837), esto sin duda, nos habla de la obra de Nicolás, como un estilo de notas aclaratorias al margen de la página, que necesita de un lector juicioso que sepa dialogar con los textos como en una suerte de conversación.

Ahora bien, el Escolio tiene su origen en la Grecia antigua, en donde fueron pequeñas notas marginales escritas en los manuscritos de los autores clásicos, destinadas siempre a aclarar alguna dificultad gramatical o algún aspecto curioso discutible de filosofía o historia. Estas *notas críticas* fueron siempre de gran utilidad para que las generaciones posteriores pudieran entender y saborear el estilo de los autores clásicos, pues sin ellas muchos pasajes hubieran resultado incomprensibles para nosotros. Su conveniencia radica en la debida inteligencia de ciertos autores clásicos, pues la mayoría de los lectores necesitaban aclaraciones acerca del sentido de ciertas palabras anticuadas, de ciertos giros del lenguaje, de determinadas alusiones a sucesos poco conocidos.

Esta necesidad se hizo más sensible en las obras poéticas, por separarse su lenguaje del vulgar y corriente. Se captaban siempre los Escolios como apuntes o acotaciones cortas, sobrias, precisas y nuevas.

Vale la pena citar los escolios sobre Homero y Píndaro. Los del primero, compuestos por numerosos críticos y gramáticos griegos tales como Aristarco, Didimio, Apolonio, Aristónico, entre otros, y los de Píndaro, provenientes de Aristófanes de Bizancio, Aristarco, Ammonio de Alejandría, etc.

Esta tradición tan cuidadosamente transmitida, se extendió hasta los Padres de la Iglesia, quienes por medio del Escolio declararon también las Sagradas Escrituras. Cabe anotar que en esta época no existían distinciones entre *Escolios* y *Comentarios*; algún indicio de esta diferencia se encuentra con nombres diversos en Orígenes. En Occidente hallamos la exégesis semejante a escolios de San Jerónimo, quien antes de pasar a discusiones más largas y a las significaciones alegóricas, explica sencillamente el texto escriturístico. Por el contrario, en otros comentarios como los de San Hilario, San Ambrosio, San Gregorio Magno, la exposición verbal desaparece entre la interpretación alegórica. (AA.VV, 1930, p. 837).

Más tarde, en la Edad Media, los conventos benedictinos acogen esa tradición para explicar partes oscuras de sus manuscritos y traducciones, razón por la cual vemos reflejada dicha tradición en la obra de Gómez Dávila, quien recibió la educación propia del monacato de San Benito. De allí podemos inferir, la cercanía de nuestro autor con los clásicos del pensamiento griego, y la historia medieval, pero sobre todo con la vocación de *escoliasta*. Es pertinente relacionar el *Escolio* con la *Escolástica* ('lat.: 'schola' = escuela), filosofía cristiana que marca la Edad Media con Santo Tomás de Aquino a la cabeza, quien en sus comentarios y/o glosas famosas recurrió a esta valiosa práctica. De hecho, el método escolástico filosófico que influyó hasta la modernidad se construyó sobre esta praxis tan significativa.

4.2. Relevancia de la obra “Escolios a un texto Implícito”

La Obra de Nicolás Gómez Dávila es un caso único en la historia del pensamiento colombiano. Si bien su tratamiento del Escolio no tiene paralelo en la lengua castellana -y en su obra hay indicios de un pensamiento maduro y original-, esta se enmarca dentro de una tradición intelectual e histórica que la sitúa en un contexto específico y nos permite comprenderla mejor. (Galindo, 2000, p. 15). No obstante, y por desgracia, Nicolás Gómez Dávila y su obra forman parte

de la interminable lista de pensadores colombianos que viven en el anonimato, o peor aún, en el olvido. Lista a la que se suman pensadores coterráneos de la talla de Fernando González Ochoa, Hernando Téllez, Estanislao Zuleta, entre otros muchos, que entregaron su vida al gratuito pero valioso ejercicio del pensar.

En términos generales, Gómez Dávila es un hombre bastante desconocido para la ‘opinión pública’ (tópico que él menospreciaba intencionalmente), y las nuevas generaciones que escasamente saben que existe (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 84), razón por la cual es necesario resaltar la gran acogida que ha tenido su obra en varios países de Europa, tales como Alemania – cuna de la Filosofía moderna -, en donde se han escuchado voces de intelectuales respetables que se declaran admiradores de sus Escolios, traducidos bajo el nombre de ‘**Eisamkeiten**’ (‘Soledades’), por el editor austríaco Peter Weiss⁴.

Un pensador universitario llamado Franz Niedermayer, especialista en América Latina, leyó una vez algunos de sus Escolios. Lo impresionaron tanto que hizo publicar una selección de ellos en el periódico alemán ‘*Criticón*’, una publicación especializada para intelectuales (Pensador Incansable, 1994, p. 85). También pensadores de la talla del escritor Ernst Junger y el filósofo católico Robert Spaemann -dos de las grandes figuras de la filosofía alemana-, coincidieron en que los Escolios constituyen un texto de importancia universal. Lo mismo ha expresado el arzobispo Joseph Ratzinger, uno de los más respetados teólogos y simpatizante de la Filosofía (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 86), actualmente, papa emérito de la Iglesia Católica (Benedicto XVI). Igualmente, el escritor alemán Martin Mosebach, quedó tan impresionado con su obra, que cruzo el océano atlántico para poder conocer, según él, a la persona que le había abierto los ojos sobre el

⁴ Weiss, al ver el impacto de la publicación de los Escolios gomezdavilanos en Alemania, decidió conocer personalmente a Gómez Dávila. En noviembre de 1992 llegó a Bogotá, y su entrevista con Gómez no hizo sino reafirmar su opinión sobre él.

pensamiento europeo contemporáneo y sobre el tiempo que se está viviendo (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 86).

De manera que es muy grande la aceptación que ha tenido la obra de Gómez Dávila en países extranjeros, para vergüenza nuestra, pues la mayoría de estudios que se han hecho acerca de él se encuentran en otros idiomas, y los pocos que se han realizado en lengua castellana resultan ser pequeños artículos para revistas y periódicos, que nada tienen de interesante para quien quiere acercarse de manera real y profunda a su obra.

4.3. Estructura de la obra Gómez-daviliana

No podemos hablar de una estructura concreta en la obra de Nicolás Gómez Dávila porque sencillamente no existe como tal. Mucho menos, de un sistema filosófico, pues en sus escritos se hace evidente una elección de vida y de pensamiento antes que de escritura y estilo (Volpi, 2005, p. 27). Esa elección, nace de su preferencia por lo que muchos llamarían “anacronismo”, que es sin duda el pensamiento reaccionario del cual Gómez Dávila forma parte y que transmite en su obra de una forma encantadora, Reacción que nos atrapa desde el primer momento, y que con embargo crea una constante tensión entre escritor y lector, provocándole a este último heridas irreparables. De esta manera entendemos sus Escolios como el resultado de una vida decantada, de años de meditación (Oviedo, 1990, p. 150) y noches insomnes colmadas de lectura, que exigen un lector igualmente avezado y devoto (Buscando a “Colacho”, 1993, p. 84), meditativo de cada uno de estos Escolios, que pueda - como el mismo autor dice-: “Morar en cada idea, un instante” (Gómez, 2003, p. 31)

El universo creado por esta obra, donde estilo e ideas se compactan en una sólida unidad, se presenta como un recinto cerrado: no hay paso racional ni deducción lógica para entrar. La única manera de hacerlo es lanzarse mar adentro (Volpi, F citado por Gómez, 2003, p. 11)

Por consiguiente, la obra de Nicolás Gómez Dávila se puede considerar como muy particular, ‘sui generis’: un texto experimental, compuesto por apuntes, máximas, observaciones, frases y juicios, que más tarde él seleccionó y reintegró en su obra mayor, *Escolios* (Volpi, 2005, p. 12), en donde encontramos que ‘*Notas*’ es un primer acercamiento a lo que más adelante serían los Escolios. Publicadas en julio de 1954 por iniciativa de Ignacio, hermano de Nicolás (Volpi, 2005, p. 21). *Notas* fue distribuida a unos pocos amigos del autor. En la contraportada se lee: “La edición de esta obra se hizo por cuenta del autor; dedicada a sus amigos y fuera de comercio” (Gómez, 2003, p. 8).

En efecto, en *Notas*, Gómez Dávila, explica el porqué de su enigmático título, detrás del cual ha velado la intuición fundamental sobre la cual ha basado su obra (Volpi, 2005, p.26), en síntesis la opción por la discreción:

La exposición didáctica, el tratado, el libro, sólo convienen a quien ha llegado a conclusiones que le satisfacen. Un pensamiento vacilante, henchido de contradicciones, que viaja sin comodidad en el vagón de una dialéctica desorientada, tolera apenas la nota, para que le sirva de punto de apoyo transitorio. (Gómez, 2005, p. 52).

Es aquí donde comprendemos la razón por la cual Gómez Dávila prefiere el fragmento antes que el tratado, puesto que el discurso tiende a ocultar las rupturas del ser; el fragmento es – por el contrario- la expresión del pensamiento honrado (Gómez, 2005, 197). Y, en este sentido, E. Cioran nos da algunas luces frente al aforismo tan propio de los Reaccionarios:

El drama de todo pensamiento estructurado es no permitir la contradicción. Así se cae en lo falso, se miente para guardar la coherencia. A diferencia de los fragmentos, que surgen de una experiencia diferente y esas experiencias sí que son verdaderas: son lo más importante. (Cioran, 1997, p. 21)

En el año de 1959, aparece la primera publicación abierta de los pensamientos de Nicolás Gómez Dávila, con el nombre de '*Textos I*', también una obra interlocutoria, valiosa para seguir de cerca el madurar de los términos y el contenido de las reflexiones filosóficas del autor, pero igualmente inconclusa (Volpi, 2005, p. 21), pues nunca apareció el segundo tomo de '*Textos*'. Aquí la prosa es continua, y no es arriesgado afirmar que es en extremo poética, ya que el autor hilvana palabras y construye hermosos periodos musicales con las frases (Torres, 1995, p. 36). En esta obra, encontramos expuesta la antropología de Gómez Dávila, fundamentada en una total adhesión a la doctrina católica y en la incitante convicción de que la historia del hombre está íntegramente comprendida entre el nacimiento de Dios y su muerte (Volpi, 2005, p. 22), dejando al descubierto la estrecha relación de Gómez Dávila con los pensamientos de Blaise Pascal, otro magnánimo pensador que siempre se mantuvo al margen del modernismo, precursor del pensamiento reaccionario contemporáneo.

De hecho, en '*Textos*', N. Gómez Dávila devela el aparente misterio del hombre, reduciéndolo a su naturaleza rebelde que, empero, le repugna y le impulsa a desear la inmanencia divina. El hombre es un animal perdido, sin ser un animal abandonado. El hombre no sabe a dónde dirigirse, teniendo, sin embargo, la obligación de llegar (Gómez, 2001, p. 13).

Los sistemas filosóficos y los que él llama '*lugares comunes*' –con connotaciones muy diferentes de las que usamos al respecto-, hacen parte del itinerario de '*Textos*', en donde podemos encontrarnos con aseveraciones tales como:

La filosofía que no se resigna a impuros manipuleos peligra satisfacerse sólo a sí misma. Fascinada por la precisión que logra al obedecer a estrictas normas técnicas, suele escoger con habilidad los problemas que le conviene afrontar. (Gómez, 2001, p.17)

Así, nuestro autor propugna de original manera los '*lugares comunes*', abolidos por la modernidad y para él un sinónimo de *evidencias y/o latencias*: "Para salvaguardarse de sus peligrosos triunfos, conviene que la filosofía acometa la meditación de los *lugares comunes*. Este es el precio de su sanidad, y de la nuestra". (Gómez, 2001, p.18)

Sin embargo, lo que más lo hermana con los pensadores marginales es la permanente desmitificación que hace del hombre y su razón instrumentalizada y tecnócrata, reduciéndolo a la condición irremediable del fracaso, vista ésta más como una vocación que como mera casualidad:

El hombre es un deseo que fracasa, un anhelo que no se cumple; pero el hombre no es el ser que fortuitamente fracasa, que casualmente no logra; el hombre es el ser que no logra; ser hombre es no lograr. (Gómez, 2001, p.24)

A decir verdad, otro elemento-clave Gómez-davilano es la muerte como realidad necesaria del hombre, vista siempre desde la profundidad misma del misterio que, sin embargo, genera escándalo en el hombre moderno, quien intentando escapar a la persecución de los muertos, incinera sus cadáveres con el fin de suprimir el único dato seguro en su vida limitada por el tiempo, y la condición mortal que es su condena. Teniendo, pues, fe en sus intuiciones científicas que de seguro habrán de protegerlo de la muerte:

El hombre archiva las imprecaciones milenarias y procede fríamente a cegar esas grietas por donde se infiltra la angustia. El hombre sumerge al hombre en el mar de la existencia animal y disuelve la contextura nudosa de la vida en la indiferencia de la materia. Todo

estremecimiento ante la muerte no parece ya sino flaqueza de mentalidades reacias a admitir la naturalidad causal de todo acontecimiento cualquiera (...). (Gómez, 2001, p.4)

La muerte de Dios -para Gómez Dávila-, está estrechamente ligada a la vida del hombre, quien sin duda alguna aparece cuando Dios ‘nace’, en el momento en que nace, y porque Dios ha nacido (Gómez, 2001, p.48). Efectivamente, es un Dios que no se manifiesta en una teología retórica, sino que se esconde a la razón del hombre, especialmente la del moderno que todo lo comprueba y todo intenta conocerlo, que todo lo registra en datos para luego empacarlo y comercializarlo. Este es el Dios que nace en el misterio de las cosas, personal e impersonal, inmediato y lejano, inmanente y trascendente al mismo tiempo; indistinto como el viento de las ramas (Gómez, 2001, p.48); empero, de Él no debe hablarse como si estuviese a mediana distancia (Gómez, 2005, 46), y su relación con el hombre mismo no puede ser una relación nacida del intelecto, sino que debe ser una relación vital, que desgarré las almas desdeñosas, y les devele la verdad sobre su condición: “El hombre morirá, si Dios ha muerto, porque el hombre no es más que el opaco esplendor de su reflejo, no es más que su abyecta y noble semejanza” (Gómez, 2001, p. 53)

Como podemos apreciar, ‘*Textos*’ es –indiscutiblemente– un libro de honda filosofía poética, que abarca diversos temas, pero que, no obstante, denota ya un pensamiento definido, un diálogo con múltiples pensamientos, sistemas y asistemas que existían subyacentes en ‘*Textos*’, en auténticos textos originales, que Gómez Dávila había leído (Torres, 1995, p. 36).

En consecuencia, ‘*Notas*’ y ‘*Textos*’ constituyen en la obra de Gómez Dávila los dos ríos caudalosos que más tarde desembocarán en el océano inmenso que significan los *Escolios a un Texto implícito*.

Los Escolios son “textos” o “notas” pero suficientemente concisos y especializados desde el punto de vista del oficio de su autor –el escoliasta- como para, esta vez sí, ser algo: una brevísima síntesis de toda una tradición respetable de la Filosofía Occidental: El pensamiento reaccionario (Torres, 1995, p. 36).

De hecho, los ‘*Escolios a un Texto Implícito*’ forman parte del reino refulgente y puro de las ideas, iluminado en todos sus recintos por la presencia y la gracia de la belleza (Pensador Incansable 1994, p. 76). Constituyen, además, una casi interminable serie de mínimos fragmentos que contienen, condensados, las cavilaciones solitarias de un hombre sabio y lúcido (Oviedo, 1990, p. 150), cogitaciones que se silencian por medio del estilo: “*son notas, glosas, escolios; es decir, la expresión verbal más discreta y más vecina al silencio*”. (Gómez, 2003, p. 50),

Pero, no se trata simplemente de una escogencia de estilo basada en la sencillez. Esta vocación de escoliasta denota la humildad, la reserva, la modestia, un estilo que para Gómez Dávila significa disciplina de vida (Volpi, F citado por Gómez, 2003, p. 14). Son frases cortas que no abusan de la paciencia del lector, y que simultáneamente permite que lo que deseamos escribir se halle concluido antes que la conciencia de su mediocridad nos impida continuarlo (Gómez, 2003, p. 316). Sin embargo, sus frases exigen siempre algo del lector, en este caso preciso, exigen un conocimiento previo de los temas a los cuales hace alusión: “Las frases son piedrecillas que el escritor arroja en el alma del lector. El diámetro de las ondas concéntricas que desplazan depende de las dimensiones del estanque” (Gómez, 2005, p. 27); y es allí donde debemos reconocer lo limitado de nuestro marjal.

Sus comentarios son rápidos como una mirada, pero sus miradas persisten y se multiplican en el tiempo (Castañón, 2000, p. 161). Razón por la cual puede considerarse su obra como una suerte de océano inmenso difícil de abordar, que nos permite sumergirnos poco a poco. Al

principio con cierta desconfianza que, finalmente, se convierte en la plena seguridad de haber encontrado un amigo entrañable con el que compartimos ciertas afirmaciones sobre el mundo, y rebatimos otras con cólera, pues en sus Escolios, Gómez Dávila, arrasa con nuestra confianza en las mentiras que nos cercan a diario, como un espejo límpido que va evidenciando asombrosamente nuestro pasado, presente y futuro, sin manchas sistémicas y metódicas ensombrecidas por la deshonestidad del mismo.

Su obra entonces se encuentra completa, si agregamos los breves ensayos “*De jure*” (Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 1988, pp. 67-85) y “*El Reaccionario Auténtico*” (Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 1995, p. 16-33). Con esto tendremos todo lo publicado por Nicolás Gómez Dávila, aparte de algunas poesías y ensayos inéditos, que familiares y amigos recibieron como obsequio y guardaron delicadamente (Volpi, 2005, p. 23)

4.4. El enigmático ‘texto implícito’

Si miramos con detenimiento la obra de Nicolás Gómez Dávila, podemos notar que sus Escolios hacen alusión a un texto aparentemente concreto; de hecho, por la misma naturaleza del Escolio sabemos que debe existir de antemano un texto, pero en este caso preciso pareciera que no existe tal, y es porque simplemente se encuentra implícito y apenas podemos acercarnos tentativamente a dicho texto. Entonces cabe preguntarse a modo de filosofema: *¿Cuál es ese texto implícito que se menciona en el título de su obra?*

Al respecto, José Miguel Oviedo acota: “El libro es el epílogo a una obra que no existe, que se omitió para dar vida sólo a unos fragmentos” (Oviedo, 1990, p. 150); empero, no es verdad que el texto -del cual Gómez Dávila hace mención- no exista, aunque tampoco es el “texto” de la

tradición occidental, como muchos lo afirman, ni siquiera del Pensamiento Reaccionario (Barrios, 2006, p. 23). Para poder entender el “texto” original al cual nos referimos, debemos remitirnos de manera necesaria a su Obra, donde encontramos claramente que:

El diario, la nota, el apunte, que traicionan a todo gran espíritu que de ellos usa, pues, al exigirle poco, no le dejan manifestar ni sus dotes, ni sus raras virtudes, ayudan al contrario, como astutos cómplices, al mediocre que los emplea. Le ayudan, porque sugieren una prolongación ideal, una obra ficticia que no los acompaña. (Gómez, 2003, p. 51),

De manera que el “texto implícito” de los Escolios es la obra perfecta, tan sólo imaginada, hipotética, en la que se prolongan y se cumplen las proposiciones de Gómez Dávila (Volpi, 2005, p. 33). Desde luego, él piensa que cualquier escritor de clase y de talento tiene en su cabeza una obra ideal que quisiera realizar; sin embargo, él mismo sabe que no tiene la prolijidad de escritores como François Mauriac, o de Marcel Proust, a quienes tanto admira. Por esta razón, lo único que alcanza a escribir son escolios, glosas, sentencias que preparan o hacen alusión a la obra utópica que imagina pero que no alcanzará a escribir (Barrios, 2006, p. 24). Él mismo lo explicita: “Suelo pensar que no hay sino dos maneras tolerables de escribir: una manera lenta y minuciosa, una corta y elíptica” (Gómez, 2003, p. 56), *La corta y elíptica* es, sin duda, a la cual pertenece nuestro autor, y es la forma en donde la idea se ve como un centro ardiente, un foco de seca luz. Por esta razón, es que se pone a la altura de los grandes *aforistas*: “Así escribe *Nietzsche*, así quiso la muerte que *Pascal* escribiese”. (Gómez, 2003, p. 57)

La convicción metafísica de Nicolás Gómez Dávila es escueta: “La totalidad del universo existe tanto en el universo entero como en cada uno de sus aparentes fragmentos”. (Gómez, 2003, p. 428) Es más: afirmar que el fragmento no es apto para expresar la totalidad, significa presuponer

que el discurso prolijo la contenga toda. Este tiende, además, a ocultar las rupturas del ser (Volpi, 2005, p. 18); sin embargo, en Nicolás Gómez Dávila, constituyen el ‘Texto Implícito’. Aunque sus fragmentos no expresen la totalidad real de lo pensado, sí mantienen lo implícito en dichas rupturas de manera pura y cristalina, sin recurrir a la mentira como artificio para mantener la coherencia de un sistema.

5. El pensamiento gómez-daviliano: una búsqueda al margen del modernismo

En verdad, intentar siquiera enmarcar el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila dentro de una estructura concreta sería casi como limitarlo, o peor aún, tratar de encerrarlo dentro de una celda sistémica, algo imposible dada las circunstancias en las que se encuentra escrita toda su obra. Empero, es posible identificar de manera directa ciertos aspectos y/o filosofemas de su obra, que él prefiere llamar “*lugares comunes*”, pues sus Escolios se tejen casi siempre sobre los mismos núcleos temáticos.

Sin duda alguna, el Pensamiento de Gómez Dávila puede identificarse –primordialmente– como una búsqueda religiosa, búsqueda que se mantiene siempre al margen del modernismo, pero que parte hacia los demás lugares del pensamiento.

Su crítica recalcitrante acerca de la edad moderna, la ciencia, la democracia, el hombre, los sistemas filosóficos, la estética, las revoluciones, la historia, la moral, la Teología, la técnica, entre otras, se puede, sin riesgo de parecer simplista, entender como el punto de partida de una *búsqueda constante hacia Dios*. Él mismo lo hace saber cuándo afirma: “*El momento llega en que sólo interesa acechar a Dios*” (Gómez, 2005, p. 38), reduciendo todos los demás problemas de una forma magistral: “*Todo fin diferente a Dios nos deshonra.*” (Gómez, 2005, p. 21)

Por tanto, trataré de esquematizar dichos núcleos temáticos filosóficos de una manera sintética, resaltando lo que -a mi modo de ver- es más relevante en su pensamiento. Reconozco todas las carencias de mi limitado conocimiento acerca de lo que considero es el ‘Texto Implícito’ Gómez-daviliano.

5.1. Filosofía e intuición

La filosofía en Gómez Dávila posee siempre un claro interés, la búsqueda de un puerto seguro. Algo realmente imposible de encontrar, puesto que un sano escepticismo hacia todo lo

humano es una constante que nunca lo abandona: “Pasamos nuestra vida golpeando, siempre, a la misma puerta cerrada” (Gómez, 2003, p. 341); entonces nos preguntamos: ¿Cuál debe ser la función de la filosofía en la vida del hombre?; a lo cual responde: “La función primera de la filosofía es el conocimiento de las realidades, y la sistematización es sólo una función secundaria” (Gómez, 2003, p. 340; conocimiento que debe responder a la vida misma:

Que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones es una singular aberración. La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir penetrada íntimamente de inteligencia y de razón, plenamente lúcida y ordenada hacia los objetos propios del espíritu. (Gómez, 2003, p. 164)

La filosofía es -en síntesis- una búsqueda de sentido, que no se puede convertir en pasatiempo academicista o sistemático, pues todos los sistemas se basan sobre la mentira; muy al contrario de esto, debe responder a las preguntas más profundas y desgarradoras de la vida. Aquí la filosofía se convierte en “el arte de formular lúcidamente problemas” (Gómez, 2005, p. 50), no de buscar soluciones, ni de tratar de convencer. Sin embargo, esa ardua búsqueda a la que me refiero, nada tiene que ver con una respuesta concreta, los interrogantes que la filosofía debe formularse son altamente falibles, de ahí que sea una búsqueda constante: “La vida es la guillotina de las verdades” (Gómez, 2003, p. 96). Por lo tanto, la verdadera y única misión posible del filósofo consiste en destruir todo sistema (Gómez, 2003, p. 158). Tremenda su osadía, que pocos le perdonan.

Aquí no se trata de “probar”, pues: “*En filosofía probar es perder un tiempo que podríamos consagrar a pensar*” (Gómez, 2003, p. 214); tan sólo debe preocuparse por describir, no por probar (Cioran, 1997, pp. 35-38): “La filosofía debería tan sólo describir; pero si quiere predicar que

predique lo eterno” (Gómez, 2003, p. 87). Por esta razón, podemos entender la filosofía de Gómez Dávila como una evidencia que demuestra -por sí sola-, sin la necesidad del sistema que la explique. Es ese ambicioso agrimensor, lleva en la mano un péndulo y en la mirada cierto magnetismo que lo detienen donde hay agua. Podría construir un Zigurat, pero prefiere ir sembrando el desierto de señales salvadoras (Castañón, 2000, p. 160). Porque no es posible construir una torre de marfil, sobre todo cuando el terreno se encuentra cenagoso y corre el riesgo de derrumbarse.

Entonces, este proyecto filosófico se trunca cuando se comienza a dudar: *“He visto la filosofía desvanecerse poco a poco entre mi escepticismo y mi fe”* (Gómez, 2005, p. 127). Pues no hay puerto seguro a dónde llegar, salvo que nuestra embarcación llegue a ser tan ligera, que pueda volar, y es en este momento cuando el Escolio nos da las alas, que los pesados y blindados sistemas no permiten. Fiándose siempre en la intuición antes que en la razón: “Filosofar es adivinar, sin poder nunca saber si acertamos” (Gómez, 2005, p. 72).

5.2. Antropología religiosa

Como ya lo habíamos visto, la antropología de Gómez Dávila está estrechamente ligada con el problema religioso; al igual que B. Pascal, Gómez Dávila concibe al hombre como un ser miserable necesitado de la gracia divina. No podemos separar estos dos aspectos, pues: “El hombre es un problema sin solución humana” (Gómez, 2005, p. 123); sin embargo, según él, *la religión no explica nada sino que lo complica todo* (Volpi, 2005, p. 68). Porque: “Los que buscan en la religión una solución a sus problemas se equivocan. La religión no es un conjunto de soluciones, sino un conjunto de problemas” (Gómez, 2003, p. 399), y aquí encontramos un punto interesante a resaltar: la religión se presenta como un ejercicio filosófico. Creer en Dios es un acto filosófico, y construir filosofía parece imposible sin la fe (Volpi, 2005, p. 69). Pues creer es de seres

inteligentes: “Dios no pide sumisión de la inteligencia, sino una sumisión inteligente” (Gómez, 2005, p. 383). Sin embargo, “la fe no resuelve nuestras dudas, las consume” (Gómez, 2005, p. 79). No es explicación racional, ni siquiera un movimiento del entendimiento; es, por el contrario, la confianza en que la explicación finalmente existe (Gómez, 2005, p. 83); por ende, entendemos al hombre desde la religión. El hombre -para Gómez Dávila- es un ser eminentemente religioso, que se debate entre su miseria y su grandeza; como ya lo habíamos visto, es objeto que ansía una inmanencia divina (Gómez, 2001, p. 11), es un deseo permanente que se abre a la totalidad del universo. En efecto, es el deseo que desea y el objeto de deseo (Gómez, 2001, p. 22), –al mismo tiempo-, pero que siempre se encuentra necesitado de una gracia que lo eleve a la verdadera dignidad que le ha sido otorgada, sin embargo la realidad es otra en el hombre, y por eso debe saberse irremediabilmente perdido, prueba de lo cual es el límite del tiempo. El tiempo como prueba verificadora de la impotencia esencial del hombre, y la materia en que se realiza la existencia humana (Gómez, 2001, p. 26).

Ahora bien, después de entender al hombre como un animal en búsqueda, fracasado por su misma naturaleza que lo corroe permanentemente, sólo queda una cosa: La conciencia de su vocación permanente al fracaso: “Ser consiente es, desde luego, ser consciente del fracaso, de la imposibilidad final de todo desempeño. La conciencia del hombre es conciencia de su impotencia, es conciencia de su condición” (Gómez, 2001, p. 29), que no puede trascenderse a sí misma, ni explicarse siquiera, pero que es conciencia de esa condición, y la viciada, quebrada y rota condición del hombre es un hecho último que debemos asumir, pero que no logramos trascender (Gómez, 2001, p. 31).

¿Qué nos queda entonces? La respuesta es muy sencilla y al mismo tiempo compleja, pues es en la vida misma en donde se halla la solución humana, porque el hombre necesita comprender

su situación: “vivir no es adquirir, sino abdicar” (Gómez, 2001, p. 12), en efecto, abdicar de nuestros deseos y reconocer nuestros límites, para dar el paso final, que es -sin duda- poder rendirse totalmente ante el Misterio, no con el ánimo de explicarlo, sino de contemplarlo. Por esta razón el oficio de escoliasta requiere una actitud contemplativa ante la vida.

5.3. Pensamiento político

En la concepción política de Gómez Dávila encontramos la misma admiración por la disciplina y la fuerza, orientación hacia un estado heroico de tensión diametralmente opuesto al carácter comodón y asustadizo de la burguesía, siempre esclavizada por su riqueza e incapaz de comprometerse a fondo (Galindo, 2000, p. 19); para Gómez Dávila burguesía es todo conjunto de individuos inconformes con lo que tienen y satisfechos de lo que son (Gómez, 2005, p. 22). Sin embargo, esto no quiere decir que nuestro pensador se adhiriera a las ideas marxistas por el simple hecho de criticar a la burguesía, tal vez por el uso mismo del término se podría entender así. Al contrario, Gómez Dávila simplemente toma su posición reaccionaria ante la política, desmitificando comunismo y capitalismo de la misma manera recalcitrante. A mi modo de ver, para Gómez Dávila la política está siempre viciada y envilecida, pues en medio del caos pasado y presente, notamos que su punto de referencia -la historia misma-, le da la clave para comprender y juzgar las formas de gobierno modernas, esto como mera consecuencia de la realidad vivida en nuestro país.

El problema radica en la riqueza, como fuente de discordias y de luchas vanas e innecesarias. Tanto el burgués como el marxista pelean por la riqueza, olvidándose del verdadero sentido que posee la palabra gobernar, ya que: “El político necesita convencer al pueblo de que todos los problemas son sociales, para poder esclavizarlo” (Gómez, 2005, p. 22). De esta misma forma, comunistas y burgueses acaban siendo de la misma naturaleza: “El emburguesamiento de

las sociedades comunistas es, irónicamente, la postrer esperanza del hombre moderno” (Gómez, 2005, p. 75), puesto que: “Los marxistas definen económicamente a la burguesía para ocultarnos que pertenecen a ella”. (Gómez, 2005, p. 22). Criterios realistas difíciles de refutar.

El único problema del marxismo -y en este caso Gómez Dávila lo reconoce de manera admirable-, es su constante tendencia hacia el engaño, llegando a conclusiones casi temerarias que, sin embargo, nos dejan un sabor de amarga verdad: “La izquierda no siempre asesina, pero siempre miente” (Gómez, 2005, p. 91), y es porque la historia del marxismo nos ha dejado esa sensación, en la cual notamos que la izquierda no tiene opiniones sino dogmas (Gómez, 2005, p. 91). Lo pudimos constatar con el auge que alcanzó a tener el comunismo en la segunda mitad del siglo XX en Europa, en donde comprendimos de manera veraz que: “El comunismo se ha vuelto iglesia, su doctrina dogma, sus congresos concilios, excomuniones sus expulsiones, heréticos sus disidentes y absolutismo papal su gobierno” (Gómez, 2003, p. 277). Pero esta visión realista de la revolución no quiere significar que dicho proceso sea absurdo; al contrario de esto, Gómez Dávila refiere su crítica hacia los marxistas y revolucionarios modernos que traicionaron la causa real del verdadero proceso humanístico-revolucionario: “El auténtico revolucionario se subleva para abolir la sociedad que odia, el revolucionario actual se insurge para heredar un privilegio que envidia” (Gómez, 2005, p. 173), puesto que: “Después de toda revolución el revolucionario enseña que la revolución verdadera será la revolución de mañana. El revolucionario explica que un miserable traicionó la revolución de ayer” (Gómez, 2005, p. 21), y la historia nuevamente lo corrobora, en el sentido en que dicho proceso siempre será cíclico mas no del todo absurdo: “El pueblo que se despierta, primero grita, luego se emborracha, roba, asesina, y después se vuelve a dormir” (Gómez, 2005, p. 131).

Es preciso entonces, entender cuáles deben ser las características de un gobierno verdadero, y en este contexto es cuando Gómez Dávila nos revela su deseo de vivir bajo una monarquía un tanto implícita -claro está-, avalada dentro de los principios jerárquicos del gobierno mismo. Jerarquía es, pues, la palabra clave en Gómez Dávila: “Sólo jerarquizando podemos limitar el imperialismo de la idea y el absolutismo del poder” (Gómez, 2005, p. 341). Este punto político de algunos reaccionarios es motivo de muchas objeciones, dado el descrédito creciente de las monarquías.

Por tanto, encontramos de manera notoria que, aunque un gobierno jerárquico es imposible, en Gómez Dávila revela una dialéctica personal con las épocas pasadas; empero, estas certifican la necesidad de dicho régimen en tanto nos dice: “Cuando las jerarquías desaparecen, no es tanto el caos, como la insulsez, lo que predomina” (Gómez, 2005, p. 87), llegando a la conclusión de que: “Educar es hoy una tarea especializada y problemática. Una sociedad jerarquizada, en cambio, educa espontáneamente” (Gómez, 2005, p. 57). Y puede ser cierto; sin embargo, esta es la razón por la cual su pensamiento político es tachado de anacrónico y reaccionario, refractario a todo cambio, inmovilista, adjetivos que no perdonan ni el manoseado progreso, ni la sociedad moderna.

5.4. La ciencia y la técnica

En Nicolás Gómez Dávila encontramos estos dos vocablos como el evidente foco de sus ataques, y es porque simplemente ciencia y técnica son los dos pilares de la edad moderna, que traducidos a nuestro contexto histórico encuentran mayor acogida como la base fundamental del ‘progreso’. Por esta causa es que Gómez Dávila, siendo considerado y considerándose como *reaccionario*, no acepta ninguna de estas dos condiciones para el ‘progreso’. Otra razón importante para realzar su constante dialéctica personal.

En efecto, frente a la ciencia, nos dice: “La ciencia engaña de tres maneras: transformando sus proposiciones en normas, divulgando sus resultados preferentemente a sus métodos, callando sus limitaciones epistemológicas” (Gómez, 2005, p. 28), y es porque el científico carece del talento necesario para responder a los interrogantes más desgarradores de la vida, entregándose así a la tarea de vulgarizar el conocimiento científico sin medir sus consecuencias, y esta vulgarización propia del modernismo ha llegado a tener un efecto tal, que enterró sin ninguna consideración la verdadera sabiduría de la ciencia: “Al que nace sin talento alguno se le debe aconsejar una carrera científica” (Gómez, 2005, p. 21); esta afirmación, en cierto modo, raya con el humor, pero vista desde la óptica de nuestra realidad, necesita de una lectura más seria y rigurosa, pues el impacto científico en nuestros días debe cuestionarnos aún más con respecto a la urgente necesidad de una ciencia en verdad humanizante. Entonces es cuando este aparente anacronismo se convierte en profecía, vislumbrando incluso el aberrante ‘avance’ de la clonación: “*Si el hombre llegare a fabricar un hombre, el enigma del hombre no habrá sido descifrado sino entenebrecido*” (Gómez, 2005, p. 149).

Esta ciencia a la que Gómez Dávila se refiere, es hoy la nueva religión de nuestra época, que quiere introducirse en todos los campos, de manera directa y acusadora. El verdadero problema consiste en que el hombre moderno llega al punto de acogerla en su seno de una manera atterradoramente acrítica, y es allí donde nuestro autor hace su aparición demoledora, pues se hace necesaria una posición que aunque a veces se puede tornar ridiculizante, nos da las herramientas para demostrar su verdadero papel en el mundo, y al mismo tiempo comprender cuál es su más grande error.

En cuanto a la *técnica*, Gómez Dávila la hace aparecer como innecesaria y propia de espíritus acéfalos. Por su misma naturaleza pragmática más que práctica, la cual también produce

una calurosa recepción en el hombre moderno: “Lo que se tecnifica se vuelve práctico, pero deja de ser interesante” (Gómez, 2005, p. 27); tanto así, que no es sino cuestión de mera observación para darnos cuenta de la pérdida del sentido real de las cosas: “El acto técnico, al aprehender el objeto como fenómeno utilizable, lo degrada en utensilio” (Gómez, 2005, p. 40). Empero, esta actitud aparentemente inofensiva, también tiene consecuencias nefastas: “La técnica no es actividad neutra. El hombre olvida vigilar su espontánea proclividad al mal” (Gómez, 2005, p. 50), ya que la técnica misma degenera el ingenio humano en *armas letales de destrucción masiva*, que son -en últimas- la consecuencia inminente del mito llamado “progreso”.

Anacronismo o no, la idea sobre la ciencia y la técnica tiene validez dentro de nuestro tiempo, puesto que el ‘progreso’ que es una idea aparentemente romántica, puede declinar –como lo estamos presenciando en los últimos años a nivel global- en total demencia.

5.5. Frontalmente al margen del modernismo

Una de las características sumamente notorias, por no decir que la más notoria del pensamiento Gómez-daviliano, es su total marginación frente a la modernidad como ideario colectivo, al punto que llega casi a proclamarlo como su más odiado enemigo, invitándonos a mantener la misma posición como una especie de *imperativo categórico*: “*Quien no vuelva la espalda al mundo actual se deshonra*” (Gómez, 2005, p. 35).

A lo largo de toda su Obra - y en forma cuantiosa-, nos encontramos con toda clase de aseveraciones frente al tema. Pero el problema radica, primordialmente, en la moralidad del hombre moderno hijo decadente de su tiempo. Para Gómez Dávila, “este siglo no ha inventado sino la cloaca moral a cielo abierto” (Gómez, 2005, p. 70). Podríamos decir entonces que es más un problema axiológico el objeto de su crítica, que una posición puramente *reaccionaria*. Empero, es obvio que se entrega con saña desmedida al desmoronamiento entero de dicha época. Nada se

escapa de su cáustica mirada, comenzando por su bandera más ondeada, es decir, sus principios que rayan en el sarcasmo más que ironía socrática: “*Razón, progreso, justicia, son las tres virtudes teologales del tonto*” (Gómez, 2005, p. 209).

Al hacer un balance tan hostil de la modernidad, no sorprende que Gómez Dávila llegue a una conclusión abiertamente intransigente (Volpi, 2005, p. 26): “Todo hombre auténticamente moderno que no se suicida a los cuarenta años es un imbécil” (Gómez, 2003, p. 378). Porque el hombre mismo se ha encargado de entregarse sin medida, a tal punto que en esa pseudosociedad ha permutado su libertad individual en búsqueda de una libertad inexistente: “La libertad ha sido el desvelo de la era moderna, porque la salud sólo importa al enfermo” (Gómez, 2005, p. 203), puesto que ahora la vida del hombre se convirtió en un colectivo que sacrifica a sus miembros con tal de mantener sus principios de ‘progreso e igualdad’, que tanto asquean al *reaccionario*. A esto se suma la pérdida de su identidad como el resultado de la técnica, la ciencia y la democracia, que por medio de la civilización y sus *megápolis* terminaron enterrando al hombre mismo, entre el pesado asfalto de sus sistemas, y el ejercicio de sus pseudodemocracias.

6. La reacción como bandera

6.1. Boceto del reaccionario⁵

El reaccionario, ese “profeta del pasado” (Cioran, 1985, p. 9) a quien todos miran con recelo y desconfianza, esa clase de pensador, del que todos saben de su existencia, pero del cual pocos prefieren hablar, es sin duda un *marginal*. Y como tal necesita ser justipreciado en la filosofía, por el simple hecho de ser el crisol por medio del cual se purifica el pensamiento y la

⁵ Este título lo tomo de la obra “confesión de parte”, del pensador colombiano Hernando Téllez, en razón de la estrecha amistad con nuestro autor, y de que allí encontramos una acertada definición de lo que representa el ser reaccionario en el mundo moderno.

visión de la realidad. La incomodidad que provoca dentro de su época se origina por el escozor que produce en las ideas de sus contemporáneos, y esa es una sensación que nadie quiere experimentar. Hernando Téllez nos lo define así:

“El reaccionario es un animal humano a quien los progresistas consideran como una especie de bestia prehistórica, cuya sola existencia los incomoda y escandaliza. Ningún otro tipo de pensamiento consigue exasperarlos más eficaz y coléricamente. No conciben la posibilidad de que alguien, capaz de profesar un conjunto de ideas que niegan la totalidad del sistema en sus dos fases, la comunista y la capitalista, pueda existir como tal, como criatura humana. Les parece que esa existencia constituye no solo un anacronismo intelectual sino sencillamente una infracción, una equivocación, un error imperdonable de la biología.” (Téllez, 1967, p. 99)

El reaccionario es visto como el enemigo de todos, y en cierta forma lo es, pues oponiéndose a la noción del progreso, desafía uno de los pilares sobre los cuales gran parte de los políticos, hombres de negocios, científicos y aun académicos, modelan su interpretación del mundo (Galindo, 2000, 16). Por esta razón es que siempre se ha mantenido en la periferia del pensamiento durante todas las épocas, pues por lo general, el reaccionario fundamenta su convicción en la existencia de una providencia divina, que habrían inspirado esquema de organización social a lo largo de la historia (Galindo, 2000, p. 16).

Para muchas personas, el ser reaccionario es sinónimo de violencia intelectual, para otros, es falta de compromiso con la realidad, sin embargo, y a mi modo de ver, ser reaccionario es simplemente mirar el mundo tal y como es, sin velos de ninguna clase, ni conciliaciones falaces con los mercenarios del conocimiento en nuestro tiempo. “El reaccionario no es un pensador excéntrico, sino un pensador insobornable” (Gómez, 2005, p. 32).

Otra característica fundamental, y en este caso no es mera coincidencia, es su total adhesión a la doctrina católica. Esta vinculación entre pensamiento reaccionario y catolicismo es innegable, como de hecho lo suelen reconocer críticos y partidarios de esta corriente (Galindo, 2000, p. 16), incluso aquellos que defendieron en un determinado momento de la historia algún régimen político, fueron acusados de pertenecer a esta doctrina por lo menos de manera subrepticia. Uno de ellos y quizás el más representativo de la filosofía moderna fue Blaise Pascal, que con sus *Penseés*⁶, realizó de manera magistral, una apología de la religión Católica, a lo largo de su obra. Otro reaccionario católico fue Joseph de Maistre quien:

“Elevando el menor problema a la altura de la paradoja y a la dignidad del escándalo, manejando el anatema con una crueldad teñida de fervor, creó una obra llena de enormidades, un sistema que continúa seduciéndonos y exasperándonos”. (Cioran, 1985, p. 9)

De Maistre es la clase de pensador que escribe mediante la “práctica del exceso” (Cioran, 1997, p. 12), manteniendo así, al lector siempre al filo de su navaja, con anatemas titánicos, que rayan con la herejía.

Así pues, a lo largo de la historia el pensamiento reaccionario ha demostrado estar presente, sobre todo en momentos donde se rinde más culto a la ciencia, la razón y a las revoluciones.

6.2. El pensamiento reaccionario en Colombia

La concepción “orgánica” de la sociedad tiene un paralelo muy cercano con la mentalidad hispánica que nos legó cuatro siglos de dominación española (Galindo, 2000, p. 20), puesto que representó un retorno a valores fuertemente ligados a la cultura colonial española. Fue un giro

⁶ Pensamientos.

necesario dadas las circunstancias sociales, políticas, económicas y culturales de la Colombia de aquel entonces (Galindo, 2000, p. 20).

El gobierno federalista de los liberales radicales⁷, había logrado la consolidación de oligarquías regionales, que utilizaron las guerras para la apropiación de tierras y de los mecanismos de poder en sus respectivas localidades. Sin embargo la regeneración con Rafael Núñez⁸ a la cabeza, implantó un centralismo que frenó las aspiraciones de dichas oligarquías (Galindo, 2000, p. 20).

Fue Miguel Antonio Caro⁹, quien puso en evidencia la imposibilidad de adoptar los modelos libertarios que se estaban gestando en Francia, Inglaterra, Escocia y Alemania, principalmente. Al suceder a Rafael Núñez en el poder, Caro le imprime una orientación reaccionaria al gobierno nacional, reforzando los poderes de la Iglesia y declarando públicamente su alianza con el pontificado (Galindo, 2000, p. 21).

Caro define la emancipación política como la “improvisación” de una nueva civilización, improvisación que de modo arbitrario e insensato, pretende cambiar todo lo que hemos recibido como un *legado*: Religión, lengua, costumbres y tradiciones¹⁰.

⁷ Recordemos de manera especial, que gran parte de las ideas de la revolución de los comuneros, provinieron de Francia, gracias al impacto que tuvieron Rousseau, y Voltaire en nuestros “Próceres”, introduciendo las ideas liberales, también con gran acogida, y concibiendo regímenes que poco tuvieron que ver con las condiciones reales de nuestra patria, tanto en lo político, como en lo económico.

⁸ **Rafael Núñez** (1825-1894), político colombiano, presidente de la República (1880-1882; 1884-1888). Nació en Cartagena de Indias. Interesado desde su juventud por la actividad pública, Fue elegido presidente para los periodos 1880-1882 y 1884-1886. Durante su segundo mandato, Núñez produjo una escisión en el Partido Liberal y fundó el Partido Nacional, de carácter conservador, lo que provocó la insurrección de los liberales (1885), que fueron derrotados. Núñez propuso entonces la abolición de la Constitución federalista de Rionegro (1863) y la aprobación de una nueva Constitución, centralista (1886), que fijaba en seis años el periodo presidencial. En su tercer mandato presidencial (1886-1892), quien ejerció en realidad el poder ejecutivo fue Carlos Holguín. En 1892 fue elegido por cuarta vez, pero delegó el poder en el vicepresidente Miguel Antonio Caro.

⁹ **Miguel Antonio Caro** (1843-1909), escritor, filólogo y político colombiano, presidente de la República (1892-1898), se esforzó por difundir en su país el gusto por la poesía de corte clasicista. Presidió la Academia Colombiana de la Lengua. Entre los años 1871 y 1878 dirigió el periódico *El Tradicionista*, portavoz de la ideología conservadora que él mismo compartió.

¹⁰ Es claro que para Caro, España representaba el ideal de civilización.

Vemos pues, que el origen del pensamiento reaccionario en Colombia, tiene relación directa con la emancipación de la corona española, esto, en cuanto a las nuevas corrientes que promovieron dicha emancipación, que en definitiva desembocaron en colonias posteriores, en vez de haber promovido la civilización desde adentro, con un pensamiento propio, y para nuestro contexto histórico.

6.3. Nicolás Gómez Dávila y el pensamiento reaccionario

Lo más “Explícito” en la obra de Nicolás Gómez Dávila, es su total adhesión al pensamiento reaccionario, ya que los *Escolios* se condensan y aglutinan en torno a los eternos problemas de la filosofía: Dios, el alma, el mundo (Volpi, 2005, p. 47), viviendo de pocos temas. Su talento radica en su método puntillista –combinado con un escandaloso dogmatismo y al gusto de la provocación sistemática- Nicolás Gómez Dávila recoge estos temas en una visión sombría y desilusionada, pero lúcida e iluminadora del desolado paisaje de la modernidad y de sus dudas nihilistas (Volpi, 2005, p. 47). Sin embargo, y aunque sean pocos temas, nuestro autor los moldea y los talla, como pequeñas piedras de roca volcánica, abundantes y ardientes piedras.

Ser reaccionario es para Gómez Dávila, no creer en determinadas soluciones, sino tener un sentido agudo de la complejidad de los problemas (Gómez, 2005, p. 14), porque la visión de un reaccionario, más que pesimista, es honesta y diáfana, algo que los “progresistas” no pueden perdonar, pues saben que esa verdad los puede perjudicar en sus siniestros planes.

Sin embargo, para N. Gómez Dávila, ser reaccionario, no significa ser pasivo, ni mantener una actitud de indiferencia ante la realidad, sin comprometerse a fondo con la misma. Al contrario, el hecho de hacer notar ciertas irregularidades, le da un papel necesario en la historia: El de purgatorio, porque “*Lo que el reaccionario dice nunca interesa a nadie. Ni cuando lo dice, porque parece absurdo; ni al cabo de unos años porque parece obvio*” (Gómez, 2005, p. 33). Por esta

razón es que el pensamiento reaccionario, a nadie interesa en la filosofía, porque simplemente incomoda, intranquiliza, hastía, pues: “Los lectores del escritor reaccionario jamás saben si conviene aplaudirlo con entusiasmo o patearlo con rabia” (Gómez, 2005, p. 132), llegando al punto de ser marginado, y catalogado como meras pataletas de aristócrata anacrónico. Empero, el problema radica, en la “interpretación” del mundo temporal, en la conservación de los valores que se entierran cada día con la propaganda consumista, con la “sociedad” ávida de farándula y comercio, con el pseudohombre moderno, hijo de la técnica y la democracia. Porque el reaccionario es ese guardián que no permite la llegada de caballos troyanos a su ciudad. Y ese es Nicolás Gómez Dávila, quien nos transmite a nosotros –futuros cómplices- el legajo de un pleito sagrado...

7. El método escoliasta como propuesta pedagógica en la enseñanza de la filosofía en Colombia

Después de realizar este recorrido por la vida y obra de este pensador colombiano, es necesario que en el contexto en el que nos hallamos, el de la enseñanza de la filosofía en Colombia, realicemos una mirada desde la pedagogía que propone el documento emanado por el Ministerio de Educación Nacional (2010) en torno a la formación filosófica para el desarrollo de las competencias necesarias en la formación de la persona.

La pedagogía como disciplina en constante diálogo, no puede perder de vista la tensión dialógica con su concepción originaria que se halla dirigida hacia la formación de la persona humana. Esta formación se da desde la infancia, la niñez y la adolescencia, en donde se trazan las

huellas más profundas, continuando hasta la adultez, etapa que demanda competencias en el ejercicio del ser político. Formación que mira hacia la *Areté* (excelencia), la cual, se considera el eje de la *Paideia*. Más aún, podemos decir que se forma siempre para la excelencia en cuanto a la virtud se refiere y que puede entenderse como la plenitud del hombre libre.

Sin embargo, no podemos desconocer la actual situación de la educación en nuestro país, en donde claramente podemos ver cómo antes que un derecho de todas las personas se convierte en un privilegio de pocos.

Esto sin hablar de cómo la filosofía se presenta como una asignatura que con poquísimas horas en el año lectivo se confina a los últimos años de la educación media. Así muchas veces se confunde esta asignatura con el estudio de la historia de la filosofía y no con el acto de pensar, leer, dialogar y escribir que mirado como ejercicio vital, nos puede aportar algún elemento en la inclusión de un método pedagógico filosófico.

En una sociedad como la nuestra en donde la tecnología se ha convertido en un medio de consumo masivo de información, la individualidad y la exaltación del yo sobre el mundo ha ido convirtiendo a nuestros jóvenes en sujetos cada vez más retraídos en sí mismos. Las redes sociales y la tecnología usada de forma indiscriminada nos ha ido alejando de la realidad y nos ha llevado a una mirada desde la virtualidad, que lejos de interpretarla termina siendo objeto de interpretación.

Esta interpretación de la realidad que nos impone el sistema en donde la conciencia crítica y el pensamiento se va homogeneizando con el fin de evitar otras interpretaciones que construyan sociedad. En cierto sentido como nos dice Adorno (2010) asistimos al *ocaso del individuo* en la sociedad cibernética. Por esta razón se hace urgente tomar posiciones que nos permitan atacar la irreflexividad de esta era, pues si bien los jóvenes tienen hoy más que nunca herramientas para el

conocimiento y la comunicación, se ven expuestos a la superficialidad de la primera, y a la despersonalización de la segunda.

Así, proponer una simple pedagogía para la educación en filosofía, no presupone en primer lugar la revolución de un sistema educativo que no podemos desconocer se ha ido construyendo por manos de expertos en la materia. Tampoco, en segundo lugar, cree esta propuesta lanzarse como el reemplazo de los métodos de enseñanza en filosofía existentes en nuestro país. Es simplemente una idea pedagógica que puede ser incluida de forma habitual en el desarrollo de las clases, y que realizada con empeño, puede llevar a los estudiantes a un encuentro verdadero con la reflexión y probablemente a una satisfacción en el acto de pensar.

7.1 Desarrollo del método escoliasta

El método escoliasta que quisiera proponer es una suerte de metodología que sirve como complemento de las clases de filosofía, también, puede ser una forma de combinar los distintos métodos de enseñanza de una manera más breve, métodos que utilizan los maestros de filosofía. Este método lo podemos desarrollar en los siguientes pasos:

- **Invitación al silencio:** Se puede arreglar el salón de clases con una disposición de mesa redonda. Allí, se invita a los estudiantes a realizar un momento de silencio que acalle los pensamientos y permita la reflexión. Este ejercicio tomará un par de minutos y nos posibilitará entrar en una dinámica reflexiva. Se exhorta a los jóvenes a ser conscientes de su respiración y a estar presentes.

- **Escoger el texto:** Recordando que esta metodología es un complemento a las clases de filosofía, podemos escoger un texto acorde con el tema correspondiente al programa. Lo importante es que el texto no supere una cuartilla y que sea un texto que no se caracterice por su complejidad, al contrario debe buscarse un texto que cautive las mentes por su calidad comunicativa. Es fundamental que los que dirigimos este ejercicio conozcamos bien el texto para poder desarrollarlo junto con las ideas que suscite el diálogo. El texto debe reconstruirse entre todos.
- **Lectura:** Primero se realiza la lectura del texto en voz alta para darle el sentido correspondiente. Acto seguido se invita a los estudiantes a que lean el texto de forma mental una vez, con el fin de identificar las sensaciones e ideas que suscita el texto. Es importante que no se fuercen dichas sensaciones pues la idea de este ejercicio es que sea visto como un proceso. Por tanto, las primeras veces puede resultar tedioso para el estudiante, incluso la incompreensión del texto puede llevar a los jóvenes al aburrimiento y a la dispersión, y esto es importante resaltarlo si llega a darse el caso, para enseñarles que esas molestias también hacen parte del proceso de aprender pues implica desacomodarse y salirse de esos preconceptos que nos impiden estar abiertos a una actitud filosófica, como lo es la del asombro ante la comprensión de las cosas.
- **Morar un instante en cada idea:** Este momento del ejercicio se encuentra tomado del esolío: “Morar en cada idea, un instante” (Gómez, 2003, p. 31), del cual podemos inferir que la actitud contemplativa ante las ideas implica una morada, es

decir, un momento contemplación al interior de la idea, por ello la lectura requiere antes que nada una actitud contemplativa que nos permita detenernos para analizar, releer, separar, discernir, disfrutar de esas palabras que leemos y que se transforman en ideas que se comunican y permiten el acto de pensar.

- **Elaboración del escolio:** El escolio entendido como interpretación y como nota, nos introduce en el momento de expresar lo pensado, es decir, en el acto de comunicación de la idea. Por ello es importante destacar el estilo mismo del escolio, como lo es la brevedad. El escolio debe ser tan solo una idea sencilla que presente como fruto de todo el proceso anterior.
- **Lectura del escolio:** En este momento del ejercicio se invita a todos los presentes a compartir en voz alta sus ideas, subrayando el respeto por la idea del otro e invitando a pensar en cada una de esas ideas
- **Discusión:** Finalmente este ejercicio requiere la discusión que reconstruye el texto y permite contemplar la idea en su conjunto. Puede que se escapen muchas interpretaciones del texto, pues sabemos de la plurivocidad de los términos y la posibilidad de problematizar los mismos, sin embargo se podrá entre todos proyectar un gran número de miradas que nos lleven a la comprensión final de una idea.

Lo anterior, es tan solo una forma de organizar un trabajo al interior de los textos filosóficos para demostrar que el ejercicio de pensar procede de dos ejercicios igual de importantes como lo son el de leer y el de escribir.

No puede enseñarse filosofía sin la integración de estos elementos, cosa que no es nueva, sin embargo el problema se encuentra en la cantidad y la calidad de la lectura, y la exigencia frente a la calidad de un texto producido por los estudiantes. Especialmente cuando se obvia algo fundamental, como lo es que los textos filosóficos se componen de una idea a la vez, y una idea significa un tejido breve de palabras que enuncien una tesis.

Por esta razón el propósito de este método escoliasta que es tan solo un nombre de la integración del ejercicio filosófico de la reflexión; es el de partir desde lo simple a lo complejo por medio de la internalización de los pasos que se deben dar para hacer filosofía.

8. Conclusiones

Al culminar este trabajo, y después de haber leído, y meditado la vida y obra de Nicolás Gómez Dávila, además del pequeño esbozo acerca del pensamiento reaccionario y una propuesta pedagógica simple basada en el oficio de escoliasta propio de Gómez Dávila. Puedo concluir que:

8.1 Al desglosar el “texto implícito” de Nicolás Gómez Dávila, y al realizar el diseño de una estructura temática podemos afirmar que Gómez Dávila es uno de los pensadores más lúcidos e inclasificables de nuestro país, perteneciente a una raza de escritores insulares que se encuentran siempre al margen del pensamiento técnico al que estamos –por desgracia- acostumbrados. Su obra es inseparable de su vida, en cuanto que demuestra cómo el filósofo no puede escindir la obra pensada de la obra vivida. La obra de todo filósofo ha de ser su vida y en este sentido nuestro autor hizo de su obra su vida.

Como pensador nos indica un camino hacia la sabiduría que bien podemos seguir. El oficio del discípulo será el de abandonar sus esquemas y seguridades, para embarcarse en el acto contemplativo del pensar, del observar, del meditar, del entrar en sí mismo para poder alumbrar la verdad que Sócrates reclamaba. Su pedagogía es la morada contemplativa.

8.2 Al identificar los problemas más relevantes de sus escolios nos encontramos con una obra que se enmarca dentro de las más profundas y desgarradoras de toda la historia de la filosofía en Colombia, y además se presenta como un océano indómito de belleza y sabiduría, océano que requiere un lector con buen instinto a la hora de sumergirse en la lectura de los escolios que como fruto de todo pensador, se constituyen una suerte de pensamientos de amplísimo espectro por cuanto tocan lugares comunes en la filosofía que iluminan la vida sin pretensiones sistemáticas.

Su pensamiento volcánico y universal, merece un lugar diferente en la historia de la filosofía, empero, ese lugar siempre será el exilio, pues la verdadera sabiduría bebe cicuta como premio a su fidelidad. Y el papel del pensador será el de conducir las mentes a la liberación de las estructuras del progreso.

8.3 El pensamiento reaccionario, más que una curiosidad, representa una opción, en medio de tanto activismo vano y falaz, este como cuna de un pensamiento puro, que se desarrolla sin velos de ninguna clase, y nos entrega a la contemplación del misterio que se encuentra en el conocimiento verdadero. La idea de monarquía que presenta Gómez Dávila se encuentra basada en el concepto platónico en donde se propone el gobierno de los mejores como la forma más perfecta de gobierno. El filósofo debe gobernar en cuanto el mismo, por su lucidez puede llevar la dirección de un pueblo puesto que conoce el camino más seguro para la libertad plena del hombre.

8.4 El legado de Nicolás Gómez Dávila no es solo su obra escrita, sino también su obra vivida que se traduce en un verdadero amor por la sabiduría; amor que debe contagiar a nuestros jóvenes en la etapa de su vida más importante como lo es el de su formación de personas adultas. No podemos permitir que la academia no impregne a los estudiantes con el deseo incansable del saber, pues hoy más que nunca es necesario que mostremos a nuestros jóvenes que el único camino para salvar a nuestra nación de su caída es la educación para la integralidad, para la libertad, para la felicidad, para la diferencia, para la lucha. Educarse es resistir, pues lo humano se encuentra en una crisis muy honda que exige respuestas igual de profundas.

Referencias

- Adorno, T. y Horkheimer M. (1994). *Dialéctica de la ilustración*. Fragmentos filosóficos. Traducción de Juan José Sánchez. Madrid: Trotta.
- AA. VV. (1930) *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Barcelona: Espasa-Calpe, T. XX. 1286 p.
- Barrios, F. (2006). La Búsqueda Imposible de un Texto Implícito: entrevista a Franco Volpi. *Revista Pie de Página*, (6), 22-24.
- Buscando a “Colacho”. 1993. *Revista Semana*. Bogotá, (582), (84-87)
- Castañón, A. (2000). *América Sintaxis: Nicolás Gómez Dávila, retrato de un pastor de libélulas*. México: Aldus.
- Cioran, E. (1985). *Ensayo Sobre el Pensamiento Reaccionario y Otros Textos*. Barcelona: Montesinos.
- Cioran, E. (1997). *Conversaciones*. Barcelona: Tusquets
- Pensador Incansable: Nicolás Gómez Dávila. (1994). *Revista Semana*. Bogotá, (629), 76 – 78.
- Galindo Hurtado, M. (2000). Un Pensador Aristocrático en los Andes: una mirada al pensamiento de Nicolás Gómez Dávila. *Historia Crítica. Revista del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes*, (19), pp.13–26.
- Gómez Dávila, N. (2005). *Escolios a un Texto implícito*. V.1. Bogotá: Villegas.
- Gómez Dávila, N. (2005). *Escolios a un Texto implícito*. V.2. Bogotá: Villegas.
- Gómez Dávila, N. (2005). *Nuevos Escolios a un Texto implícito*. V.1. Bogotá: Villegas.
- Gómez Dávila, N. (2005). *Nuevos Escolios a un Texto implícito*. V.2. Bogotá: Villegas.
- Gómez Dávila, N. (2005). *Sucesivos Escolios a un Texto implícito*. Bogotá: Villegas
- Gómez Dávila, N. (2003). *Notas*. Bogotá: Villegas
- Gómez Dávila, N. (2001). *Textos I*. Bogotá: Villegas.

Ministerio de Educación Nacional (2010). *Orientaciones Pedagógicas para la Filosofía en la Educación Media*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

Oviedo, J. M. (1990). *Breve Historia del Ensayo Hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 150-151.

Téllez, H. (1967). *Confesión de Parte*. Bogotá: Banco de la República, 95-101.

Torres Duque, O. (1995). Nicolás Gómez Dávila: la pasión del anacronismo. *Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango Bogotá*, XXXII, (40), 31 – 49.

Universidad Santo Tomás (2015). *Lineamientos de los procesos de investigación de la Licenciatura en Filosofía y Educación Religiosa*. Bogotá. USTA.

Volpi, F. (2005). *Nicolás Gómez Dávila: el solitario de Dios*. Bogotá: Villegas, 103